

El duende Rojo, ladrón de voces

Nieves Pérez Rivero

En Aldea Roja vivía un duende rojo. Rojo era muy pequeño, con una voz pequeña y una memoria igual de pequeña, pero con una enorme afición por contar cuentos.

El duende pasaba los días intentando contar grandes historias a sus vecinos de Aldea Roja, pero sólo lograba contarles medias historias; antes de acabarlas, las palabras se le agotaban en la garganta. Cuando lograba recuperar fuerzas ya no se acordaba de terminar los cuentos.

Y esto al duende no le gustaba nada. Sin embargo, los vecinos de Aldea Roja disfrutaban escuchando sus medios cuentos para luego, cada uno a su gusto, imaginarse un final.

Rojo era uno más en la aldea. Si alguien lo necesitaba, antes de que le pidieran ayuda, él ya estaba manos a la obra: recogía la berenjena más pequeña de la cosecha de Juan; ordeñaba la vaca de Antonio atrapando con sus dos manos una teta de la ubre; o amasaba una pizca de harina para el horno de Teresa.

Los aldeanos le agradecían su entusiasmo. Sobre todo Teresa que, sabiendo lo goloso que era el duende, le daba cada día una taleguita con migas de pastel con cualquier ingrediente dulce que no fuera chocolate; a Rojo le sentaba tan mal que le provocaba un vómito terrible.

Un día cualquiera, el tornero Manuel llegó con su familia a Aldea Roja. Manuel y Manuela tenían un hijo, Lolo, que se pasaba las tardes leyendo libros de monstruos y piratas, aprendiendo historias que luego contaba a sus vecinos.

—Señor Antonio, ¿le gustaría escuchar la historia de un pirata que perdió una pierna por culpa de una vaca?

—Señora Teresa, ¿sabe lo que le pasó una vez a un monstruo glotón cuando cayó sobre cien kilos de harina? Seguro que no. ¿Se lo cuento?

—Señor Juan, he leído un cuento sobre una calabaza que daba una sopa muy rica, ¿quiere oírlo?

—Claro, claro —respondían todos los aldeanos que ya empezaban a acostumbrarse a que las historias de Lolo hicieran más ameno el trabajo.

Y todos vivían tranquilos, menos Rojo que odiaba tener una voz tan perezosa, sobre todo desde que escuchaba grandes historias en la voz del chico. Y, como las voces ni se compran ni se venden, el duende decidió robarlas.

Primero le robó la voz a la vaca de Antonio, luego a las ovejas de Juan y así hasta que los animales de la aldea enmudecieron. El último que se quedó sin voz fue el gallo de Teresa.

Los vecinos empezaron a temer por sus propias voces. Tenían que atrapar al ladrón antes de que comenzaran a enmudecer uno a uno.

Teresa había metido al gallo en el sótano de su casa. Pero el gallo no sabía cuándo tenía que cantar y no cantaba; y, sin el canto del gallo, Teresa no se despertaba al alba, como acostumbraba.

«Un gallo que no te despierta no vale para nada», se dijo. Si lo suelto, el ladrón vendrá a por él y lo podré atrapar.

Teresa liberó al gallo. Lo dejó en el

corral, junto a las gallinas mudas, y esperó escondida detrás de una valija de paja.

Rojo llevaba tres días rondando el corral, esperando al gallo. Su voz tenía que quedarle bien, era la mejor entre las de todos los animales. Si fracasaba no le quedaría más remedio que intentarlo con los aldeanos. Pensando en eso andaba cuando lo vio salir. Allí estaba el gallo, a punto de anunciar el nuevo día con ganas renovadas.

El duende fue hacia él relamiéndose y dando pequeños saltos de aquí para allá y de allí para acá hasta que lo enfrentó nariz con nariz y boca a boca. Esperó un poco y, cuando el gallo apenas había empezado a cacarear, el ladrón, en menos de lo que tarda un ratón en meterse por un agujero, le robó la voz; y, con la misma rapidez, abandonó el corral.

De vuelta a su casa comprobó que la voz del gallo no le quedaba bien a su garganta y, como se puso muy triste, se metió en la cama.

Teresa había salido de su escondite desde donde pudo ver lo que había pasado. Con el gallo mudo en la cabeza convocó a los aldeanos para contarles quién era el ladrón de voces y cómo evitar que siguiera robando.

— ¡De espaldas, de espaldas! Si viene el duende hay que darle la espalda, antes de pronunciar palabra. Sólo así conservaremos la voz.

Y, desde aquel día, eso hicieron todos. Aunque sabía que no iba a ser fácil, el



MIGUEL ÁNGEL DÍEZ.

duende se pasaba los días y las noches en el bosque ideando la mejor manera de robar una voz humana.

Los aldeanos comenzaron a echarle en falta. A la hora del trabajo nunca estaba. Pronto, sus cuentos se olvidaron y se cambiaron por otros que tenían principio y fin. Y así, mientras Lolo se hacía cada vez más popular, Rojo fue cayendo en el olvido.

Los días pasaban iguales, hasta la mañana en que Lolo se acercó al bosque en busca de un poco de leña para el torno de Manuel. Estaba en la linde entre la aldea y el bosque, cuando el duende lo vio y vio también la oportunidad que tanto había esperado.

«Esta vez no fallaré», se dijo mientras se acercaba al chico reprimiendo las ganas de relamerse.

—¡Buenos días, Lolo! —le dijo.

—Buenos días, señor Rojo —contestó Lolo, dándose la vuelta antes de hablar. Perdona que no me entretenga. Tengo mucha prisa. Mi padre necesita leña para el torno. ¡Adiós, adiós!

—Lástima. Esperaba que pudieras contarme una de tus historias de monstruos y piratas. ¡No sabes cómo me gustan!

—¿Ah, sí? Pensé que...

—¿Qué si me gustan? Por mi afición a contar historias, he tenido la ocasión de conocer muchos cuentos; créeme, los tuyos son los mejores. Pero si no tienes tiempo lo entiendo.

—Bueno, señor Rojo, si insistes puedo contarle la historia de aquel pirata con un garfio...

Lolo empezó a contar su cuento y, pronto olvidó dar la espalda al duende. Concentrado en hilvanar bien su historia, no se dio cuenta de que Rojo empezaba a relamerse. Ni siquiera notó que daba pequeños saltos de aquí para allá y de allí para acá y, cuando estaba a punto de pronunciar las palabras «Colorín, colorado», aquellas que tanto gustaban a Rojo, se encontró nariz con nariz y boca a boca frente al ladrón que, en menos de lo que tarda una lagartija en huir de un pisotón, le robó la voz; y, con la misma rapidez, desapareció.

Más tarde el duende comenzó a contarse un cuento delante del espejo del baño de su casa.

—Había una vez...

No había terminado la frase cuando se le agotaron las palabras. Pensó que aún

no había recuperado del todo el aliento después de la carrera y descansó una hora antes de volverlo a intentar.

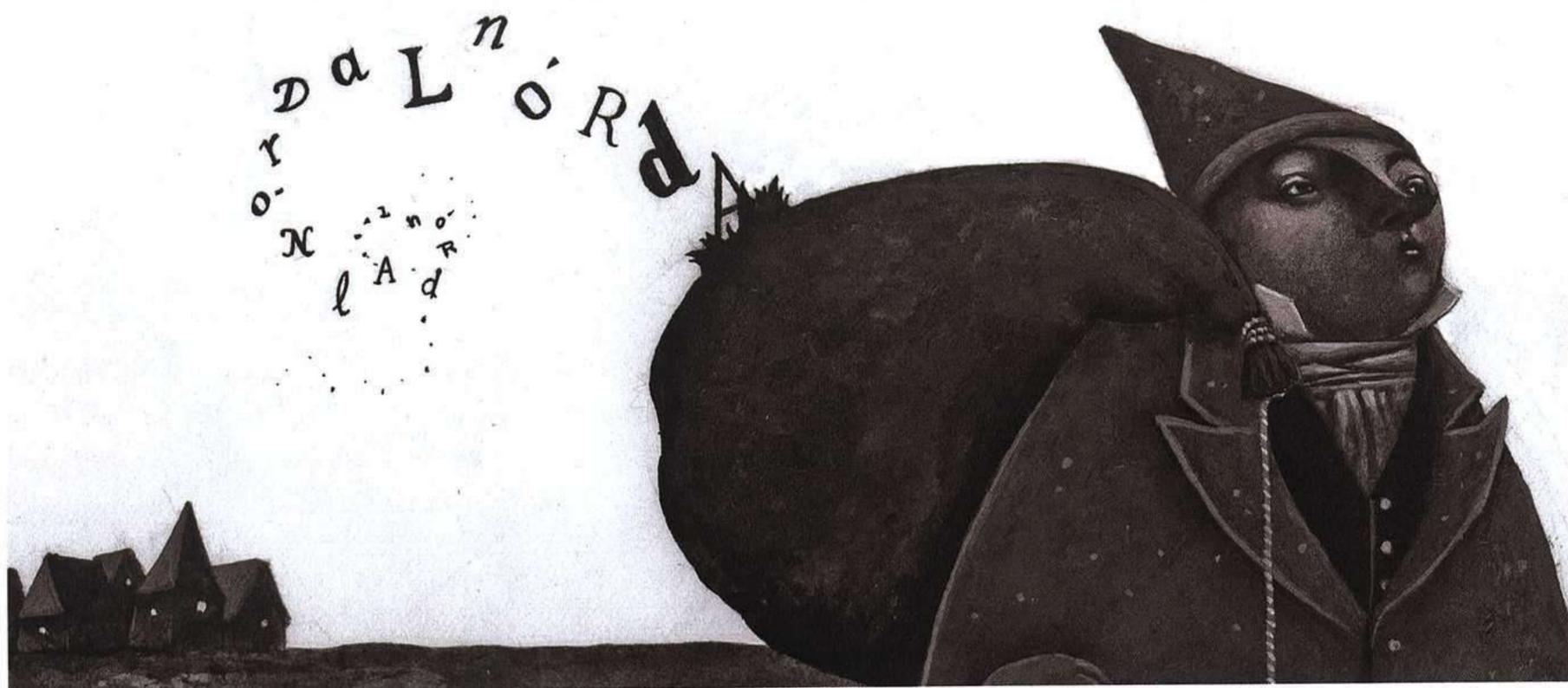
El segundo intento fue casi tan fallido como el primero. Esta vez decidió tomarse el asunto con calma y esperó diez días.

Se mantuvo todo el tiempo en silencio y lo intentó por tercera vez, de nuevo sin éxito.

La voz de Lolo no le valía y en su cuerpo ya no quedaba más sitio para hospedar ni una sola voz. A pesar de escuchar tantas voces por dentro se sentía muy solo, así que se dio por vencido y, muy triste, se resignó a su suerte.

Días antes, en Aldea Roja, Lolo escribió en su cuaderno el suceso del bosque y, pronto, todos se enteraron de que el duende había conseguido robarle la voz al chico.

Los vecinos recurrieron a sus mejores remedios caseros. Juan aplicó en la garganta de Lolo un ungüento hecho a base de estiércol y crema de calabaza; Antonio, durante una semana, ordeñó la vaca antes de que el sol saliera para que Lolo pudiera beber la leche obtenida al alba mezclada con gotas del rocío; Teresa le



MIGUEL ÁNGEL DÍEZ.

dio a probar su mejor pastel, hecho con toda clase de hierbas.

Pero nada resultó.

Manuel llevó a su hijo a los mejores médicos de la comarca, pero ninguno consiguió que Lolo recuperara la voz. Todos coincidían en el diagnóstico.

—Manuel, a su hijo le han robado la voz y ni un milagro podría devolvérsela.

Así que a Lolo no le quedó más remedio que resignarse a su suerte y, aunque estaba triste, buscó consuelo en sus libros de monstruos y piratas.

En Aldea Roja todos echaban de menos las historias completas de Lolo y, con el tiempo, también las historias sin final de Rojo. Los vecinos se hablaban lo justo y, como el duende había robado la voz a todos los animales, algunos días sólo se oía el paso del viento.

Pasaron las semanas juntando meses y se cumplió un año desde el día en que el duende le robó la voz a Lolo.

Manuel mandó a su hijo al bosque a por leña para el torno. Cuando Lolo estaba a punto de regresar y se encontraba en la linde entre el bosque y la aldea; Rojo lo vio y, tímidamente, se le acercó.

—Beeebuenas tardes —le susurró casi.

«Buenas tardes, señor duende, estará usted contento», escribió el chico en su cuaderno, esta vez sin darle la espalda.

—Créeme, no lo estoy, al contrario. Si pudiera te devolvería la voz. Al menos así podría escucharte y los aldeanos vol-

verían a ser felices, pero ya lo *hiiiintente* con todas las voces, hasta con la de la vaca, y no pudo ser. Cuando una voz se me mete por dentro ya no hay remedio. Aunque no la quiera, me la tengo que quedar.

«¿Todavía tiene dentro la voz de la vaca de Antonio?», escribió Lolo.

—Sí, claro. ¿No me *cricricrees*? ¿*Quiquirikíquieres* oírla?

«¿Por qué no?», se encogió de hombros Lolo.

Rojo hizo salir la voz de la vaca y el bosque se llenó de ¡*Muuuuuus!*

Lolo, rompió a reír. El duende, contagiado, también reía. Y como compartir buenos ratos hace amigos, ellos lo fueron y juntos volvieron a la aldea.

Lolo se entretenía escribiendo cuentos pequeños. Desde que utilizaba el cuaderno para hacerse entender se cansaba pronto de escribir. El duende siempre encontraba un sitio en los bolsillos de Lolo o debajo de su gorra cuando estaba cansado; y, si no lo estaba, iba a su lado dando pequeños saltos de aquí para allá y de allí para acá.

Los animales de Aldea Roja continuaron en silencio hasta que, días después del concurso anual de repostería, Rojo enfermó por empacho de migas de pastel. Teresa, que conocía muy bien al duende, le preparó un jarabe a base de chocolate. Disfrazó su sabor con miel de caña y Rojo se lo tomó entero. La pócima hizo el efecto esperado y el

duende vomitó, sin dejarse nada dentro, y mejoró.

Pero algo más pasó.

El viento trajo un rumor de voces. Los animales daban saltos hasta atraparlas. Algunos aprovecharon para hacer truco. El gallo consultó al loro. El primero quería decir la hora en el lenguaje de las personas para hacer mejor su trabajo; el loro aceptó complacido no tener que imitar más a los humanos.

En el aire dos voces flotaban aún. Una era humana, joven y vigorosa. Otra, más débil y aguda, era la voz del duende. Lolo, imitando a los animales, saltó y atrapó su voz. Rojo hizo lo mismo y consiguió la suya.

Los aldeanos, al oír de nuevo las voces que tanto habían echado en falta, se pusieron muy alegres y organizaron una fiesta. Esa noche la pasaron entera oyendo largas historias contadas por Lolo y pequeños cuentos que contaba Rojo, los mismos que había visto escribir a su amigo. Esta vez todas las historias tenían principio y fin. Y todas eran grandes historias.

El gallo y el loro se lo pensaron mejor y se reencontraron con sus voces, más cercanas y, sobre todo, más suyas.

Y fue así como cada uno, a su manera, encontró su propia voz. Y para cada cual su voz era la mejor.

* Dedico este cuento a la Asociación Antonio Machado y a Casas Ibáñez (Albacete).